

Génesis y destrucción del poder en “Cien años de soledad” y “El otoño del patriarca”

Escribe: CECILIA CASTRO DE LEE

La violencia, las guerras civiles, la acción de la compañía bananera y la presencia de militares han sido los temas más extensamente estudiados por la crítica en relación con el mundo político-social de Macondo (1). Otros temas están relacionados con el cuadro generacional, el incesto y la soledad en la familia Buendía, eje de la vida e historia de Macondo (2). Es decir, que **Cien años de soledad** ha sido estudiada partiendo de la base de la historia de una comunidad o tomando a la familia Buendía con sus temores, tragedias, repeticiones y su lazo identificador —la soledad—.

La insistencia en temas en forma aislada sólo nos da un cuadro parcial del mundo novelesco de **Cien años de soledad**, por eso me propongo mostrar en este ensayo que en la sociedad y hombres de Macondo existe una fuerza motriz que origina y relaciona los acontecimientos de su historia y da un cariz especial a los personajes y a las relaciones entre ellos. Esta fuerza es el Poder. Por otra parte, la última obra de García Márquez, **El otoño del patriarca** se ha centrado en el tema del poder alrededor de la figura del tirano y su efecto destructor de la personalidad del mismo que lo ejerce, así como de los hombres que lo sufren. Con un cambio geográfico y de técnica narrativa, la nueva novela amplía el tema del poder al concentrarse en la monstruosidad de la tiranía con su corolario de sangre, servilismo y horror.

Para efectos de este estudio partiremos de la génesis y destrucción del poder en **Cien años de soledad**, para culminar con el mismo tema en el mundo atemporal de **El otoño del patriarca**.

Antes de concentrarnos en el tema propuesto, hemos de hacer algunas consideraciones sobre el carácter de las obras, que sienten bases para nuestro estudio. **Cien años de soledad**, nos ha dicho su autor, es una obra "disparatada" que invita al lector al disfrute que el mismo novelista experimentó en su composición. Es una novela que demuestra una extraordinaria capacidad de fabulación, que afirma a cada paso la libertad de la imaginación en la creación literaria. De ella nos dice Jonathan Yardley, en su artículo para el "Miami Herald":

"La línea entre el mundo real y la fantasía está desdibujada y la obra adquiere una incandescencia sobrenatural, pero sigue milagrosamente anclada en el mundo. Lo exagerado es rutina y la rutina es exagerada... (3).

El objetivo del novelista en relación con su lector es hacerlo partícipe de ese mundo exuberante de su invención. No le interesa establecer ningún distanciamiento con él, al contrario, quiere guiarlo en la trayectoria, anticipándole ciertos acontecimientos, insistiendo en la misma idea para hacerlo su compañero en la interpretación de los personajes y en el desenvolvimiento de la acción. La sorpresa del lector no surge de una técnica que lo deje en el vacío o que le plantee interrogantes. La sorpresa surge del mismo mundo creado. Así lo expresa Yardley: "El lector entra y sale de instantes de sorpresa indescriptible, sin saber jamás precisamente en qué creer hasta cuando por fin sucumbe al imperativo de creer en todo" (4).

El novelista siente la necesidad de comunicarlo todo. Al rellenar las páginas del libro, con su gusto por el exceso, la abundancia de lo exótico, invade la mente del lector dificultando su capacidad de abarcar todas las dimensiones. Es decir, que la complejidad del libro proviene, no de la técnica narrativa, sino de la abundancia del detalle en la inmensidad del mundo creado, tal como ocurre con las creaciones del arte barroco. El lenguaje es fluido, hiperbólico, lleno de ironía, comicidad y dramatismo. Su tono impasible, convincente, muy de acuerdo con el sentir del novelista que dice "en literatura no hay nada más convincente que la propia convicción" (*).

(*) Dn. Fernández Bravo. *La soledad de G. Márquez*. Barcelona, Planeta, 1972.

El otoño del patriarca nos permite apreciar la misma personalidad creadora de la novela anterior. Rasgos literarios inconfundibles permanecen: la capacidad de transformación de la realidad al campo de lo maravilloso, el humor basado en el pequeño detalle y lo hiperbólico, el miedo al vacío y el impacto sobre el lector, quien termina por aceptarlo todo. Pero ahora surgen en una nueva dimensión y con una técnica narrativa diferente. Así lo expresa Alastain Reid en la revista *New Yorker*: "Es una obra formidable de la inventiva humana y lleva los descubrimientos de *Cien años de soledad* muchísimo más allá, mucho más cerca de la totalidad absoluta" (5).

La técnica y el lenguaje han exigido un mayor esfuerzo y cuidado en la elaboración y por consiguiente en la lectura. Es más innovadora, más moderna. Alastain Reid la describe así:

"Técnicamente lo que hace García Márquez en *El otoño del patriarca* es abandonar totalmente la frase como unidad de prosa y sustituirla por un torrente inextinguible que es capaz de abarcar los repetidos cambios de narrador.

Lo que busca García Márquez es un lenguaje que pueda contener la conciencia individual de un narrador, pero que no se confine a uno solo. Un lenguaje que pueda abarcar la totalidad de la condición humana y que pueda acomodar las contradictorias ilusiones que forman esa condición" (6).

Temáticamente la obra presenta la sinrazón del poder absoluto visto a través del tirano y de su pueblo, masa anónima y silenciosa. La preocupación central del libro, según lo ha visto Reid es "la apariencia, el desencanto y la ilusión".

En un intento de diferenciación de las novelas es posible decir que *Cien años de soledad* representa la historia: la subida y caída de un paraíso, historia al estilo unamuniano, con su ruido, acción del pasado, microcosmos de la historia de un país y un continente. *El otoño del patriarca* por su parte es la intrahistoria, la voz del pueblo que es silencio manifestado en una continua queja: "pobre hombre", "pobre mujer", "pobres niños". Es el microcosmos de la "tradición eterna" de un continente, por lo cual deja una mayor nota de horror y de angustia.

Al convertirse en microcosmos las obras adquieren un carácter mítico que las universaliza. El mundo mítico de Macondo en *Cien años de soledad*, ya reconocido por la crítica, encarna el mito tradicional del paraíso perdido. En este paraíso no pueden

caber las ambiciones de poder y la justicia no tiene aplicación. Así la súbita presencia del primer gobierno arbitrario, el corregidor Apolinar Moscote, sorprende a todos los habitantes, que no saben qué pensar: “dicen que es una autoridad que mandó el gobierno” (p. 54). Su primer intento de imposición fue ordenar que todas las casas fueran pintadas de azul, apoyado en la presencia de soldados armados que trajo consigo. José Arcadio Buendía, el joven patriarca, hizo frente a la situación sentando un precedente y defendiendo sus derechos. “Somos tan pacíficos que ni siquiera nos hemos muerto de muerte natural”, “ya ve que todavía no tenemos cementerio” (p. 55), y se hacía reflexiones que demostraban que el poder arbitrariamente impuesto no iba con el carácter de los fundadores: “no habían fundado el pueblo para que cualquier advenedizo le fuera a decir lo que debían hacer” (p. 55). Así Macondo logra conservarse como paraíso, pues Apolinar Moscote se convirtió en una “autoridad ornamental” (p. 59). Otro tanto sucede con la autoridad espiritual que quiere imponerse a la comunidad. Los fundadores y descendientes tienen la ley natural por norma y desprecian las enseñanzas del padre Nicanor, por considerarlas innecesarias, ya que allí “no hay nada que corregir” (p. 55). García Márquez no está satisfecho con esta lección y nos cuenta cómo José Arcadio Buendía confunde al ministro de Dios con sus propias filosofías, que “preocupado por su propia fe, el cura no volvió a visitarlo” (p. 78).

Sutilmente, García Márquez nos anticipa la función de las grandes fuerzas que controlan y se disputan el poder y cómo la religión institucionalizada se convierte en apoyo del poder absoluto.

Después de las bodas de Rebeca y José Arcadio con su escandalosa luna de miel, Amaranta anuncia su boda con Pietro Crespi y la respuesta desconcertante de Aureliano: “estas no son horas de andar pensando en matrimonio” (p. 87), nos lleva abruptamente al tema de la guerra, solamente anunciado en la primera oración de la novela: Guerra civil entre los partidos políticos por la consecución del poder. Termina así la edad dorada de Macondo. La figura de Aureliano resaltará en estos episodios bélicos, que a la vez son una fuerza poderosa en la trama novelesca. Veamos cómo se inicia su participación en la guerra y hasta qué punto llegó.

Aureliano recibe instrucción teórica referente a las ideologías de los partidos políticos, de su suegro, el corregidor Moscote,

miembro del partido conservador. Su visión sectaria, excluyente, deja al joven Aureliano intrigado respecto de la verdad, incapaz de decidir qué partido seguir y mucho menos capaz de justificar una guerra "por cosas que no podían tocarse con las manos" (p. 88). Su decisión de hacerse liberal proviene de la descarada falsificación de las elecciones que presenció en casa del corregidor. Así, forzado a decidir dirá "si hay que ser algo, sería liberal, porque los conservadores son unos tramposos" (p. 89). Para demostrar la inocencia del pueblo y la fuerza de los abusos con que se inicia la contienda señala el narrador: "Lo que en realidad causó indignación en el pueblo no fue el resultado de las elecciones, sino el hecho de que los soldados no hubieran devuelto sus armas" (p. 89). Consecuente con el ambiente trágico-humorístico que el novelista da a su narración anota que "un grupo de mujeres habló con Aureliano para que consiguiera con su suegro la restitución de los cuchillos de cocina" (p. 89). La respuesta del suegro es otra evidencia del engaño y la falsedad que acompañan la ambición del poder: "Don Apolinar Moscote le explicó en estricta reserva, que los soldados se habían llevado las armas decomisadas como prueba de que los liberales se estaban preparando para la guerra" (p. 89).

Aureliano estaba convencido de la urgencia de acabar con el partido conservador; sin embargo, la figura de Alirio Noguera, médico farsante, cuyo lema era "lo único eficaz es la violencia" y "un deber patriótico es asesinar a los conservadores" (p. 90), especialmente a las mujeres y a los niños para "exterminar el conservatismo en la semilla", le llenó de horror y le declara: "Ud. es un matarife" (p. 91).

Los dos partidos políticos están presentados y representados por su exclusivismo, odio mutuo y violencia incontenida. Las ideologías que los constituyen son diferentes en la apariencia; en el fondo sólo se lucha por el poder. El péndulo comienza su oscilación y entre los jóvenes liberales se habla de fusilar al padre Nicanor, de convertir los templos en escuelas y de implantar el amor libre. Por su parte el gobierno conservador declara el toque de queda, se ordenan requisas drásticas y se lleva a cabo el fusilamiento del doctor Noguera.

La sinrazón de la guerra se ve en el cambio ideológico, trampa que sólo demuestra que se lucha por un poder absoluto que no se basa en ideologías. Así lo ilustra el diálogo del coronel Aureliano Buendía con sus asesores políticos, quienes proponen

cambiar puntos de su ideología y adoptar la posición de los conservadores como "reformas tácticas para ensanchar la base popular de la guerra". El coronel Aureliano Buendía concluye: "quiere decir que sólo estamos luchando por el poder". Uno de los asesores, aplicando un poco la lógica descubre la sinrazón: "Es un contrasentido, quiere decir que es bueno el régimen conservador. Si con ellos logramos ensanchar la base popular de la guerra, como dicen ustedes, quiere decir que el régimen tiene una amplia base popular. Quiere decir, en síntesis, que durante casi veinte años hemos estado luchando contra los sentimientos de la nación". El coronel A. Buendía lo interrumpió: "no pierda tiempo, doctor, dijo, lo importante es que desde este momento sólo luchamos por el poder" (p. 147).

En un diálogo anterior con Gerineldo Márquez nos había dicho el coronel Aureliano Buendía, amargado y desilusionado: "Yo, por mi parte, apenas ahora me doy cuenta que estoy peleando por orgullo" (p. 121).

El cuadro total es una guerra sin convicciones, de venganzas, de orgullos personales que destruyen a un pueblo y sólo benefician al político capitalino. Los soldados en general no saben por qué luchan.

La participación de Aureliano en la guerra lo convierte en el personaje legendario mítico:

"El coronel Aureliano Buendía promovió treinta y dos levantamientos armados y los perdió todos. Tuvo diecisiete hijos varones de diecisiete mujeres distintas...

Escapó a catorce atentados, a setenta y tres emboscadas y a un pelotón de fusilamiento. Sobrevivió a una carga de estricnina en el café, que habría bastado para matar un caballo... Lo único que quedó de todo eso fue una calle con su nombre en Macondo... (p. 94).

Cuando partió para la guerra, quedó Macondo en manos de Arcadio: "Te lo dejamos bien, procura que lo encontremos mejor" (p. 94), le dijo Aureliano. Arcadio se vistió de militar y comenzó un régimen de terror, arbitrario y temperamental. Así se ve afectada la familia Buendía por la lucha del poder. Ursula sufría por la ausencia de Aureliano y por la conducta de Arcadio. Fue ella en última instancia quien logró vencerlo: "Agitándolo sin misericordia lo persiguió hasta el fondo del patio, donde Arcadio se enrolló como un caracol... Dejó a Arcadio con el

uniforme arrastrado, bramando de dolor y rabia... Antes de abandonar el cuartel soltó a los presos del cepo... A partir de entonces fue ella quien mandó en el pueblo". En su soledad le comentaba a su marido en el castaño: "Mira la casa vacía, nuestros hijos desperdigados por el mundo, y nosotros dos solos otra vez como al principio" (p. 96).

La imagen del coronel Aureliano Buendía en la soledad del poder que conquista, anticipa la figura del Patriarca en la última novela. Así nos dice del coronel: "La embriaguez del poder empezó a descomponerse en ráfagas de desazón... Sus órdenes se cumplían antes de ser impartidas... Extraviado en la soledad de su inmenso poder llegó a perder el rumbo... Se sintió disperso, repetido y más solitario que nunca. Solo, abandonado por los presagios, huyendo del frío que había de acompañarlo hasta la muerte, buscó un último refugio en Macondo... (p. 146-147).

El otro acontecimiento que transformó la vida de Macondo y afectó a la familia Buendía viene asociado con la compañía bananera; en palabras de Carmen Arnau, ésta no es sino "el reflejo del poder norteamericano en la América del Sur" (8). Poder sólo comparable al de la "Divina Providencia", que ocasiona trastornos inconcebibles: "modificaron el régimen de lluvias, apresuraron el ciclo de las cosechas y quitaron el río donde estuvo siempre" (p. 197). Vemos así el escalonamiento del poder a nivel internacional, el abuso y la explotación del trabajo de seres humanos en condiciones miserables. "La inconformidad de los trabajadores se fundaba esta vez en la insalubridad de las viviendas, el engaño de los servicios médicos y la iniquidad de las condiciones de trabajo" (p. 225). Además no se les pagaba en dinero efectivo sino en vales aceptados en su comisaría. La inconformidad creció; se organizó un pliego de peticiones, pero los abogados no lograron decidir quién era responsable por los trabajadores, puesto que se declaraba "la inexistencia de los trabajadores" (p. 256). La huelga en la cual culminó el descontento dejó un saldo de tres mil muertos masacrados en un tren de la compañía, por orden del Gobierno. Este no podría mantenerse sin el apoyo del gobierno norteamericano. Así se sacrifica impunemente un grupo de trabajadores y luego todo se olvida, se niega. "Seguro que fue un sueño", "en Macondo no ha pasado nada... este es un pueblo feliz" (p. 263). El tono pierde comicidad para hacerse amargo, sarcástico.

El desastre llegará a Macondo y a la familia. En última instancia la ciudad vuela por los aires a consecuencia de un viento ya profetizado. En cuanto a la familia, el último de los Buendía nace con la temida cola de cerdo y muere devorado por las hormigas. Esta estructura cíclica sugiere cómo el mundo de la América Latina no avanza en su historia, sino que ésta se convierte en una repetición de su tiranía e injusticia social.

El otoño del patriarca es el libro del poder. Todo converge a este tema: la figura del déspota, el pueblo envilecido, el juego del poder en el orden internacional, la traición y la venganza, la actitud de la Iglesia... todo nos habla del abuso del poder. Cada uno busca su forma de evasión de la realidad, el déspota sueña que está predestinado, exagera su poder hasta creerse Dios, dueño del universo. El pueblo se refugia en el humor de un chiste callejero, de una canción que se burla del tirano y en el silencio. Los conceptos de libertad y respeto entre gobernante y gobernado han perdido su validez. El cuadro total es desolador.

La novela no tiene una trama convencional, es atemporal, no hay un lugar reconocible. Sólo se sabe que es un país del Caribe. Conocemos la vida del general desde el nacimiento hasta la muerte, pero con movimientos en todas las direcciones del tiempo. Cada apartado de la novela se inicia con la dramática y horripilante escena del hallazgo de su cadáver, cuando las aves de rapiña, gallinas y vacas ya han invadido el palacio. Luego se pierde en la narración de los acontecimientos que no son más que las atrocidades de un gobierno a través de varias voces narrativas: la conciencia del general o su inconsciencia, la voz de sus asesores, la voz de la colectividad. El conjunto es como un remolino vertiginoso de crímenes, traidores, mentiras, apariencias, engaños.

El título, **El otoño del patriarca** un tanto irónico, por el tono de apariencia respetuoso, demuestra la insistencia en el declive, la autodestrucción del tirano por su obsesión de auto-preservación, su delirio de persecución que le lleva a desconfiar de todo el mundo y le produce el insomnio. Sin embargo, el libro nos remonta a la plenitud de su gobierno para así captar vívidamente el efecto destructor del poder en el individuo.

El patriarca es un general sin nombre, su jerarquía es General del universo, vive entre los 107 y los 232 años, según

se lo predice una pitonisa, a quien él mata con sus propias manos para que no divulgue su secreto. Procrea 5.000 hijos sietemesinos. No sabe leer ni escribir, gobierna "oral y físicamente". Como en el caso del coronel Buendía sus órdenes se cumplen antes de que él las dé. Vive en la casa de gobierno rodeado de concubinas, sus hijos y un enjambre de leprosos. Todos los que le rodean le sostienen la ilusión del poder. Se mantiene vivo gracias a su visión para descubrir engaños y traiciones. Cuando se convence de que todos le odian insiste con mayor vehemencia en su posición.

El general sabe de un hombre, Patricio Aragonés, que se parece a él y lo convierte en su doble. Este arriesga su vida por el general, y se lamenta de que tuvo que hacerse un tratamiento especial para que se le olvidara leer y escribir, "con tanto trabajo como le tocó a mi madre enseñarme" (p. 28).

Patricio Aragonés tenía privilegios especiales y podía acostarse con las mujeres del general, con la coincidencia de que sus hijos eran sietemesinos también. Patricio Aragonés muere de un veneno que había sido preparado para el general. En trance de muerte es el único que se atreve a decirle la verdad al general:

"para que sepa que nadie le ha dicho nunca lo que piensa de veras sino que todos le dicen lo que saben que Ud. quiere oír mientras le hacen reverencias por delante y le hacen pistola por detrás, que no es presidente de nadie ni está en el trono por sus cañones, sino que lo sentaron los ingleses y lo sostuvieron los gringos" (p. 30).

La voz de la colectividad expresa respecto del general:

"que era un hombre de los páramos por su apetito desmesurado de poder, por la naturaleza de su gobierno, por su conducta lúgubre, por la inconcebible maldad del corazón con que le vendió el mar a un poder extranjero y nos condenó a vivir frente a esta llanura..." (p. 50).

Quizás las obras de su gobierno que más dicen de su crueldad fueron: por una parte, el asesinato de dos mil niños, cuya única culpa fue el saber cómo se falsificaba la lotería para que el general siempre ganara. Ante la investigación de la Sociedad de las Naciones pregunta impávido: ¿de qué niños me hablan? Descubierta la traición de Rodrigo de Aguilar lo hace asar y servir lujosamente en un banquete de ministros a quienes de-

sea "¡buen provecho señores!". El cadáver de su madre recorre hasta los sitios más remotos de la nación en peregrinación tan larga que había que arreglar con cera el cuerpo ya en descomposición. Establece una polémica con la Iglesia en Roma por la canonización de su madre Bendición Alvarado:

"Y que hasta el Papa aprenda desde ahora y para siempre que podrá ser muy papa en Roma con su anillo al dedo en su poltrona de oro, pero que aquí yo soy el que soy yo" (p. 147). "Turbas de fanáticos a sueldo asaltaron el palacio de la Nunciatura apostólica" (p. 146).

Ya en su otoño el patriarca se enamora desesperadamente de una joven que había sido reina de belleza de los pobres. La figura del patriarca produce el mayor ridículo en su papel de enamorado, a la vez que arruina la vida de Manuela Santos, pues perdió todas sus amistades hasta que tuvo que desaparecer de la faz de la tierra. La exageración de sus regalos, la transformación que hace de su barrio con costos grandísimos para el Estado, son muestras de su insensatez.

Arbitrario en sus decisiones, a raíz de su enamoramiento decide cambiar la hora de los relojes y cuando eran las tres de la mañana se le antojó declarar que eran las ocho. El país debe adaptarse a la nueva computación del tiempo.

En el cuadro de las relaciones internacionales, el país está en bancarrota y tiene una deuda enorme con los Estados Unidos, después de la extravagancia de venderles el mar Caribe, lo cual apesadumbró a la población, se ve obligado a una serie de peripecias aduladoras y serviles con ese país. Este tema es tratado con sutileza en la novela, sólo se nombran los embajadores, uno tras otro, con los que tiene que ver. La intervención americana en la política y economía de su país está ejemplificada por el desembarco de los marinos americanos en sus costas: "por ellos (por los militares de su país) había aceptado la ocupación de los infantes de marina, madre, y no para combatir la fiebre amarilla como había escrito el embajador Thompson en el comunicado oficial" (p. 117).

El general tenía como huéspedes en su país a otros dictadores caídos en desgracia, con quienes se entretenía jugando. Esta nota trágica y cómica muestra la capacidad del novelista para crear un mundo, aunque oscila entre temores. Teme por su seguridad personal, teme la traición y el engaño: así pensaba:

el enemigo más temible estaba dentro de uno mismo en la confianza del corazón (p. 116).

No tenía un instante de sosiego tratando de ponerse a salvo de la ambición, a los más peligrosos los mantenía más cerca para vigilarlos mejor, a los menos audaces los mandaba a guarniciones de frontera (p. 116).

Lo que en realidad llama la atención es la actitud pasiva y servil del pueblo. Ante la evidencia de los horrores, de la pérdida de la libertad y de la dignidad ultrajada, el pueblo le adula, aunque en el fondo hay odio y desprecio. Pero aún más, el pueblo se ha aconstumbrado tanto a él que lo siente como una necesidad, como una mano protectora. Después del huracán que azotó la ciudad:

la muchedumbre que se encontró en la Plaza de Armas para glorificar al benemérito que puso en fuga al dragón del huracán, alguien lo agarró por el brazo para sacarlo al balcón pues ahora más que nunca el pueblo necesita de su palabra de aliento... aquella visión fugaz nos bastaba para sustentar la confianza de que él estaba ahí, velando nuestra vigilia y nuestro sueño... (p. 105).

Esta actitud nos lleva a considerar las tremendas palabras de Unamuno:

"No fue el tirano el que hizo al esclavo, sino a la inversa. Fue uno que se ofreció a llevar a costas a su hermano, y no éste quien lo obligó a que le llevase. Porque la esencia del hombre es la pereza, y con ella, el horror a la responsabilidad" (9).

Para discutir el tema de la muerte del general tenemos que remontarnos al caso de Patricio Aragonés, su doble. El general decide declararse muerto, y se llevan a cabo las honras fúnebres de Patricio Aragonés identificado como el general. Ante el espectáculo de su propia muerte se sintió ultrajado por "la inclemencia de la muerte ante la majestad del poder" (p. 32). El general se vio a sí mismo y pudo observar las diferentes reacciones de los ciudadanos, que en un momento dado estallan de júbilo y vio a la muchedumbre que se llevó el cadáver a rastras y que inició la destrucción del palacio "madriguera del poder" (p. 32). Las represalias que siguieron a estos actos son dignas de un ingenio ensañado en el mal y herido profundamente.

Sin embargo, este juego de apariencias queda en la mente de los ciudadanos y en la del lector. Siempre se dudará de su

muerte, y aunque cada parte de la novela nos la recuerde, nunca se sabe con certeza si ha sido él o no. Es decir, se presume que sí, pero el personaje es ya tan de fábula que parece no morir. Por otro lado, esa muerte, aunque sea real, no garantiza que sea el fin de la tiranía.

El tiempo subjetivado irrumpe en la última expresión del libro que concluye: "las campanas de gloria anunciaron al mundo la buena nueva de que el tiempo incontable de la eternidad había por fin terminado" (p. 271).

Después de leer estas páginas resulta evidente que el tema del abuso del poder es una de las grandes preocupaciones de las dos obras y por consiguiente del novelista. Concluimos que su génesis está marcada por el momento en que se rompan los valores de libertad y justicia; en el momento en que el respeto mutuo entre el rey y su súbdito se altere. Su consecuencia es siempre la destrucción, la pérdida de la dignidad y del valor de la vida humana. El poderoso será el hombre más solitario y el pueblo mal gobernado el más desamparado.

Las dos novelas de García Márquez tienen muchos aspectos en común. Jonathan Yardly sugiere que:

"en realidad podría decirse que García Márquez pintó a la América Latina panorámicamente en *Cien años de soledad* y que en *El otoño del patriarca* tomó una escena de ese panorama y la examinó con meticoloso cuidado" (10).

NOTAS

(1) Clasificación hecha por Carmen Arnau en *El mundo mítico de Gabriel García Márquez*. (Barcelona, Península, 1975), p. 7.

(2) Acercamiento de varios autores entre ellos Josefina Ludmer. *Cien años de soledad: Una interpretación*. (Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo S. A., 1972).

(3) Jonathan Yardley, *Una obra maestra*. Sinopsis en español del artículo del "Miami Herald" publicado en "Lecturas Dominicales" en "El Tiempo" (Bogotá, 5 de diciembre, 1976), p. 4.

(4) Idem, p. 5.

(5) Alastain Reid, *García Márquez encuentra una expresión totalizadora*. Sinopsis en español del artículo en "New Yorker" para "Lecturas Dominicales" de "El Tiempo". (Bogotá, 5 de diciembre, 1976), p. 2.

(6) Idem, p. 3.

- (7) Idem, p. 3.
- (8) Carmen Arnau, p. 76.
- (9) Miguel de Unamuno, *La agonía del cristianismo*. (Buenos Aires, Losada, 1973), p. 29.
- (10) Jonathan Yardley, p. 3.
- (11) Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*. Buenos Aires, Suramericana, 1969).
- (12) Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*. (Barcelona, Plaza & Janés, 1975).

BIBLIOGRAFIA

- Arnau, Carmen. *El mundo mítico de Gabriel García Márquez*. Barcelona, Península, 1975.
- Fernández-Braso, Miguel. *La soledad de Gabriel García Márquez*. Barcelona, Planeta, 1972.
- Gallagher, D. P. *Modern Latin American Literature*. New York o London, Oxford University Press, 1973.
- García Márquez, Gabriel. *El otoño del patriarca*. Barcelona, Plaza & Janés, 1975.
- Giacoman, Helmy. *Homenaje a G. García Márquez*. New York, L. A. publishing Co. Inc. 1972.
- Gullón, Ricardo. *García Márquez o el olvidado arte de contar*. Madrid, Taurus Ediciones S. A., 1970.
- Ludmer, Josefina. *Cien años de soledad: una interpretación*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972.
- Reid, Alastain, *García Márquez encuentra una expresión totalizadora*. Sinopsis en español del artículo en "New Yorker" para "Lecturas Dominicales" de "El Tiempo", Bogotá, 5 de diciembre, 1976.
- Unamuno, Miguel de. *La agonía del cristianismo*. Buenos Aires, Losada, 1973.
- Vargas Llosa, Mario. *G. Márquez. Historia de un deicidio*. Barcelona, Monte Avila Editores, C. A., 1971.
- Yardley, Jonathan. *Una obra maestra*. Sinopsis en español del artículo del "Miami Herald" publicado en "Lecturas Dominicales" de "El Tiempo". Bogotá, 5 de diciembre, 1976.